

ta la fabricación por medios mecánicos, entre 1874 y 1900, cuando había 103 establecimientos (algunos de gran tamaño, como los de Serra y Bertrand, A. Pons, J. Soler y Perera y Portabella que reunían la mitad de los telares mecánicos y un tercio de los husos de la ciudad), 46.010 husos y 2.159 activos en esta rama industrial, reforzada por un cortejo de industrias y artesanos del ramo de la alimentación, la madera, la piel o el metal.

El recurso mayoritario a la fuerza hidráulica, complementada con el vapor en muchas fábricas desde 1855, situó a esta comarca en una posición intermedia entre los núcleos más tradicionales de las comarcas de Anoya y Berguedá y los más avanzados mecánicamente del Maresme y Barcelonés, donde el empleo del vapor y de las caballerías permitían una producción mayor por máquina. Esta dependencia energética condicionó en la propia ciudad la localización de los establecimientos industriales, que se emplazaron en las márgenes del río Cardener y de los torrentes de San Ignacio y de Predicadores y a lo largo de la Acequia, que permitió su dispersión por el llano, donde entró en competencia (por el suelo y por el agua) con el regadío.

Como resultado de la industrialización, de la consolidación de Manresa como centro de la comarca del Bages y de un espacio más amplio para el comercio al por mayor a través del FC de Barcelona a Zaragoza y del de Berga, el espacio urbano se transformó. La reedificación del caserío incendiado por los franceses en 1811 y la ampliación del número de plantas se prolongó hasta mediados de la centuria, cuando coincide con el derribo de buena parte de las murallas y algunas obras de reforma interior. Por el contrario, la ciudad creció en superficie a lo largo de las carreteras principales (Cardona, Vic,...) y las travesías que los particulares trazasen. Pues el plano de alineaciones de 1847 y las ordenanzas de 1852-56 resultaron inoperantes.

Manresa es así una de las contadas excepciones entre las ciudades catalanas que no han tenido ensanche y, en consecuencia, donde la iniciativa de la urbanización correspondió a los propietarios de fincas rústicas. Es lo que ocurrió en las dos riberas de Predicadores y, con más relevancia, en el Passeig, en la salida de Cardona, «un caso práctico de ensanche sin plan general» en palabras de J. Oliveras, que se había de poblar en los años de buenos negocios de la I Guerra Mundial con chalets que incorporaron los elementos arquitectónicos modernistas e historicistas y a donde trasladaron desde el casco antiguo su residencia fabricantes, comerciantes y profesionales.

Este barrio burgués, con los arrabales donde viven los labradores y los barrios obreros próximos a las fábricas, cierra el abanico de la segregación

social del espacio propio de la ciudad industrial. Esta diferenciación se reforzó por las modificaciones en la localización del comercio y de los servicios. Si bien la Plaza Mayor, Sobrerroca y San Miguel continuaron aglutinando el comercio, se formó un segundo centro comercial en la zona de expansión (murallas del Carmen y Santo Domingo, primeros tramos de las carreteras de Vic y Cardona) que, años después, tendrá una posición preeminente.— TOMAS CORTIZO.

Oviedo, la formación de la ciudad burguesa

La Tesis Doctoral del profesor Sergio Tomé*, publicada por el Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias, se añade a la sólida producción investigadora del grupo de Oviedo, cuyo discurso científico ha permitido al Departamento sobrepasar los umbrales académicos y detentar responsabilidades en el planeamiento y gestión del territorio autonómico.

Desde la óptica conceptual, nos encontramos ante una afrutada actualización de los planteamientos de la izquierda urbanística de finales de los setenta —hoy en desuso—, que posibilita la comprensión de la dinámica urbana secular más apasionante de Oviedo, a través de un diagnóstico integrador de sus mutaciones sociales, morfológicas y funcionales.

Esta interpretación genética hace del autor digno discípulo de un magisterio comprometido, para el que los hombres y sus desigualdades sociales se anteponen a cualquier otra consideración, lo que explicita, con muy buen criterio, para refrescar a los geógrafos nuestras obligaciones sociales diluidas en el funcionariado neutral.

Fondos documentales de primera mano y rastreo exhaustivo del espacio urbano sirven de soporte a un aparato metodológico ágil y flexible, cuya mayor virtud reside en explicar al hombre de a pie el complejo entramado de tensiones dialécticas entre ciudad y territorio, orquestadas por los agentes, mecanismos y estrategias que conforman el crecimiento espacial capitalista de Oviedo.

La articulación del cuerpo central de la obra en tres cortes temporales dista de ser aleatoria, por cuanto se ajusta a la dinámica contradictoria de la economía industrial; sujeta ésta, a su vez, a las fluctuaciones políticas de nuestra historia contemporánea que, en el caso de Asturias, adquieren tintes específicamente dramáticos.

El primer capítulo estructura las bases del crecimiento contemporáneo, entre 1850 y 1912, en tres

* TOME FERNANDEZ, S.: *Oviedo, la formación de la ciudad burguesa 1850-1950*. Oviedo, Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias, 1988, 373 pp.

etapas: de impulso inicial (1850-1874), despegue (1874-1898) y eclosión del proceso industrializador (1898-1912), apoyado en los recursos de la minería y en las nuevas redes de transporte, sobre una infraestructura de comunicaciones centralizada en la capital, que revaloriza su renta de situación entre los puertos y las cuencas mineras.

La rancia aristocracia rentista del Oviedo señorial es desplazada por una burguesía emergente, foránea y local, nacida de las concesiones mineras, la repatriación de los beneficios ultramarinos y la apropiación desamortizadora de una buena porción del parque inmobiliario y del suelo consolidado.

Para esta oligarquía urbana los frentes claves de inversión se sitúan en la industria (armas, transformados metálicos —en íntima relación con los criaderos hulleros de la cuenca central asturiana— y materias primas coloniales), las finanzas (eclosión de las potentes entidades bancarias regionales), el comercio (aunque limitado en principio por la escasa atracción inicial de Oviedo, acaba convirtiéndose en motor urbano) y la especulación inmobiliaria (desde que el Decreto de liberalización de alquileres de 1842 abriera la veda de un negocio sin techo).

Pero el efecto aunado de la prosperidad económica regional (siderurgia, metalurgia, minería de la hulla y apertura del Musel), la permeabilidad del ferrocarril (Pajares-Madrid), el retorno de capitales antillanos y la redistribución interna de la población rural, polarizada en torno a los focos industriales, la capital ovetense va a definir su personalidad como centro de servicios; así lo revela el terciario superior, símbolo del nuevo poder urbano que, por efecto de los mecanismos de aglomeración y escala, centraliza decisiones imponiendo sus reglas de juego al territorio dependiente.

Tal cúmulo de influencias produce obvias mutaciones internas en el Oviedo decimonónico. La política urbana, de 1850 a 1875, se define por la espontaneidad de las actuaciones (superación de la cerca, regularización del plano tras los impactos morfoestructurales de la desamortización, renovación del caserío, alineaciones de calles...). Hasta 1912, y por imperativos del desarrollo económico y poblacional, se enfrentarán los retos de la reforma interior (con dotación de servicios generales y reequipamiento comunitario), y de la producción planeada del ensanche Campomanes-Uría, que abre la puerta a la segregación residencial.

En el segundo capítulo, 1912-1936, asistimos al desarme funcional del centro histórico ovetense que, de ser la Ciudad a secas, pasa a convertirse en casco antiguo por derrame hacia Uría del centro de gravitación comercial en la década de los años veinte, con las tensiones derivadas de la apropiación del suelo bisagra intermedio por los agentes urbanos. Los pingües beneficios de la Gran Guerra, al invertirse en el ensanche, permiten la consumación de la estrategia segregacionista residencial apuntada a finales del período anterior.

Hasta entonces, el negocio inmobiliario no radicaba en el ensanche sino en el antiguo recinto, donde la burguesía disponía de vivienda de prestigio pero también explotaba alquileres usurarios, y eludía los obstáculos técnicos y financieros inherentes al planeamiento de ensanche (ausencia de planimetría, costes urbanizadores, etc.); más aún, exprimía el jugo de la ciudad interior macizando sus intersticios hasta el hacinamiento, para extraer el último átomo de rentabilidad diferencial.

El lento progreso urbanizador en Uría y San Francisco responde a la correlación entre el traslado de la burguesía a las lujosas residencias plurifamiliares y el desplazamiento del centro comercial al ensanche detrás de tan ilustre clientela (indianos, propietarios, empresarios y profesionales liberales), protagonista de la máxima especialización terciaria de un Oviedo que, en 1930, supera las cuarenta mil almas y ejerce su influencia inmediata en un radio de 30 kilómetros sobre 350.000 habitantes, el 44% del total provincial.

Desde la arquitectura nobiliaria del ensanche, pasando por las parcelaciones particulares mesocráticas de ciudad-jardín, hasta las colonias de Casas Baratas para alojamiento de la clase obrera, el autor rescata del Archivo Municipal uno de los muestrarios más completos de tipologías de habitación (proyectos, plantas y alzados) que recuerdo, cimentando el análisis de la producción social del espacio. Aportación indiscutible que, de paso, se convierte en cebo jugoso para encandilar a los profesionales de la arquitectura y despertar los lógicos intereses por el mecenazgo de la publicación.

El tercer capítulo, 1936-1950, viene impuesto por la cruenta ruptura de la incivil Guerra de España, que hace de Oviedo una ciudad pedagógicamente arrasada en un 75% de su estructura urbana por los insurrectos más nacionales y montaraces.

Un patrimonio urbano de calidad es sacrificado con sus moradores a la épica cruzada. Los resultados urbanísticos posteriores quiebran el interés —que no la calidad del hilo conductor de la tesis— en la dura realidad de postguerra. Oviedo se convierte en insípido laboratorio del Servicio Nacional de Regiones Devastadas, de donde surgen productos como el Plan Valentín-Gamazo de 1941, que experimenta y materializa el fachadismo escenográfico franquista y el funcionalismo del *zoning*, con el único haber en su descargo de las positivas soluciones propuestas para el trazado viario y la erradicación de la insalubridad.

Consciente de ello, el profesor Tomé hace bien en poner fin con la posguerra a su reflexión urbana, porque el Gran Oviedo burgués, los barrios de ciudad-jardín y los modélicos poblados de vivienda modestas que preveía Gamazo van a ser sacrificados, a partir de los años cincuenta, a las nuevas relaciones de poder urbano. Los mismos actores sociales de siempre ocuparán los grandes bloques de lujosas viviendas imperiales alrededor del Campo

de San Francisco, para que la mayoría silenciosa se hacine en las repoblaciones verticalistas, albergues y barrios ocultos de la periferia. Una historia para ser contada en otro momento, porque el siglo XX deja mucho que desear ante el XIX.

En suma, un trabajo de calidad, apoyado en un soporte fotográfico superior, y que no requiere de más presentaciones porque lo avala la madurez investigadora de su autor y la contundencia de sus asertos interdisciplinares.

Así lo ha entendido el Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias, que patrocina la publicación de esta tesis de Geografía Urbana del Departamento de Oviedo, lo que como en mi caso siempre es de agradecer, aunque en esta ocasión la sombra de la ausencia de control en el reduccionismo formal de la planimetría—innesariamente empastada entre un texto denso—, contradiga el buen hacer de los arquitectos en este terreno.— ANTONIO J. CAM-PESINO.

*Cantabria: un centenario entre dos crisis**

No es la primera vez que José Ortega nos ofrece una interpretación fundamentada de los procesos que, a lo largo del último siglo y medio, han configurado la realidad regional de Cantabria¹, pero sin duda alguna la conmemoración del primer centenario de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Santander, cumplido en 1986, ha sido la ocasión para que sus planteamientos sobre el particular hayan alcanzado un desarrollo extenso, con el resultado de un libro que para sí quisieran otras comunidades autónomas, donde o no hay plumas de esta categoría o centenarios similares se liquidan con fuegos de artificio.

Planteado, por imperativo del patrocinio, como una aproximación al desarrollo económico de Cantabria en el siglo crucial en que, como en otras regiones españolas, se dibujan los rasgos de su ser actual, este libro, lejos de haberse trastocado en un breviario de historia económica, se perfila como una monografía regional en la que los avatares de la historia económica se convierten en hilos conductores de los procesos de estructuración del espacio regional.

El bastidor del cañamazo regional se apunta ya en la primera parte de la obra, en la que se analizan los antecedentes y expectativas del cambio socio-

económico secular. Abierta con un capítulo encaminado a dar cuenta de la evolución del grupo humano protagonista del tránsito secular, se circunscribe un crecimiento demográfico que entre 1887 y 1981 dobló la población, desde 242.000 a 510.000 habitantes, asentado en la propia vitalidad regional, y diezmo hasta bien entrado este siglo por la migración ultramarina que flagelaba la España atlántica. Migración aspirada por el mercado regional a medida que se consolidan desde el cambio de siglo las actividades industriales, factor del cambio social, de la paulatina superación de la miseria por parte de porcentajes mayoritarios de la población.

La conciencia de la fragilidad del comercio colonial, motor tradicional de la burguesía de Santander desde mediados del siglo XVIII, va a obligar en los finales del XIX a la búsqueda de nuevos derroteros que se perfilan como alternativas: la explotación de los recursos agrarios a través de la vía de la especialización ganadera, el turismo estacional de los baños de ola, los balnearios minero-medicinales y las casas de campo, con la aparición de núcleos paradigmáticos como Comillas, y la fiebre minera incentivada desde mediados de la centuria por la explotación del yacimiento de Reocín por la Real Compañía Asturiana de Minas. Pesquisa laboriosa a la que no son ajenas las demandas de nuevas infraestructuras de comunicaciones, con la frustración histórica del ferrocarril del Mediterráneo, situada en sus justos términos por el autor.

A través de unos detallados prolegómenos en que se plantea la crisis finisecular de la sociedad cántabra, nos introduce Ortega en la parte central y más extensa de su obra, la destinada a dar cumplida cuenta del surgimiento y desarrollo de la industria contemporánea, el más firme puntal de la economía regional, que implica el más profundo cambio en el sistema de producción y en las relaciones sociales. Porque el complejo industrial asentado en la región en los primeros decenios del siglo XX reorienta la explotación de los recursos regionales, determina la concentración productiva y espacial y transforma la mano de obra campesina en asalariada.

El capítulo inicial de esta segunda parte está dedicado al estudio de la actividad minera que, aunque caracterizada por cierta precariedad, supondría el cambio de los hábitos laborales dada su generalización. Porque, en efecto, la existencia de yacimientos de mineral de hierro en el partido de Castro Urdiales, en el extremo oriental de la provincia, y en el área meridional de la bahía de Santander, en torno a Peña Cabarga, más los criaderos de cinc de

* ORTEGA VALCARCEL, José: *Cantabria 1886-1986. Formación y desarrollo de una economía moderna*, Edición conmemorativa del primer centenario de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Santander, Santander, Ed. de Librería Estvdio, 1986, 499 pp.

¹ Vid. ORTEGA VALCARCEL, José: «Cantabria. Los procesos de construcción de un espacio regional», *Ciudad y Territorio*,

octubre-diciembre 1984, pp. 3-7; IDEM: «De la Cantabria de ayer a la de hoy», en edición facsimilar del *Diccionario...* de MADOZ correspondiente a Santander, Valladolid, Ambito, 1984, 10 pp.; IDEM: *La Cantabria rural: sobre «La Montaña»*, Lección inaugural del curso académico 1987-1988 en la Universidad de Cantabria, Santander, Universidad de Cantabria, 1987, 90 pp.